

## CUATRO VECES CUAUTITLÁN

“¿En cuál Cuautitlán?”

Es la pregunta recurrente que pone a prueba el temple y la resiliencia de todo cuautitleco. Cada vez que sale a tema su querido terruño, se ve en la trabajosa necesidad de aclarar que existen dos municipios tocayos y que, a pesar de estar en colindancia, pueden verse como unos siameses, de los cuales no se puede contar la historia de uno sin la del otro... Cuautitlán, México y Cuautitlán Izcalli.

Huehucuahtitlan (entre la arboleda antigua) es el nombre con todo y apellido que le dio el mismísimo Quetzalcóatl a esta demarcación cuando, por travesura de Tezcatlipoca, le hizo ver su reflejo cuando el inmisericorde tiempo notaba sus canas, papada y panza pulquera, síntoma de la inevitable senectud de este gran señor tolteca, allá por el año Once Pedernal (año 1100 de nuestra era). Los otomíes, que ya pernoctaban en estos lares mucho antes de que llegaran las grandes oleadas nomadas chichimecas, nombraban a esta tierra “Tza”, pero al arribar los anahuacas se adoptó el nombre otorgado por Quetzalcóatl, como quien dice: llegando y pateando al perro... y, al transcurrir el tiempo, simplemente se le denominó Cuauhtitlan, hasta su última transformación posterior a la caída de la gran Tenochtitlan: Quautitlán y después Cuautitlán, así con acento en la a.

Desde entonces, Cuautitlán solo había uno: el único y detergente, el mero mero pozolero, el mismo que en toponimia aparece en la Matrícula de Tributos del Códice Mendoza y cuyo nombre se menciona en el ilustrísimo Códice Chimalpopoca, en los Anales de Cuauhtitlan y en la Leyenda de los Cinco Soles.

Todo parecía miel sobre hojuelas hasta que, entre indagaciones de rutina, uno se topa con pared: existe otro Cuautitlán, además de nuestros hermanos izcalenses. Otro municipio con el mismo nombre y, para mayor sobresalto, con un apellido extra: Cuautitlán de García Barragán, llamado así en honor a un personaje castrense señalado por su papel dentro del contexto político y militar de 1968: el general Marcelino García Barragán, entonces secretario de la Defensa Nacional.

El hallazgo es perturbador. Algo así como enterarse de que había dos apóstoles llamados Judas, dos Alemanias, dos Californias, dos Coreas, dos Moctezumas, o de que los Reyes Magos son los papás. Nada personal contra el tocayo municipio jalisciense; al contrario, al indagar sobre él uno descubre una comunidad privilegiada por su riqueza cultural. Está catalogado como municipio indígena y conserva expresiones propias de gran valor, como la danza de los paixtles, la danza de la conquista, la danza de los pastores y la danza de los

negros. Y en la gastronomía, ni se diga: son expertos en cocinar chacales, comúnmente conocidos como camarón de río.

La curiosidad por conocer esta comunidad nos recuerda al municipio semirrural que Cuautitlán, México, alguna vez fue: aquel territorio donde todavía se honraba el contacto con la naturaleza, antes de quedar atrapado entre la mancha urbana y la grasa impregnada de las grandes capitales, como si no viviéramos ya, muy a nuestro pesar, en pleno Antropoceno.

Sin embargo, volviendo al asunto del nombre, Cuautitlán de García Barragán presenta una laguna documental histórica que, hasta la fecha, no parece estar resuelta de manera concreta: el origen preciso de su denominación y la forma en que esta fue cambiando con el paso del tiempo.

Pero vamos por partes. El actual Cuautitlán de García Barragán, Jalisco, tiene su origen en una región vinculada al antiguo cacicazgo de Cuzalapa. En las reseñas históricas aparece también el nombre de Hueumititlán (un náhuatl mal escrito), relacionado con el pueblo viejo de Santiago de Cuzalapa, aunque conviene tratarlo con cautela, pues no está plenamente demostrado que haya sido el nombre directo del actual Cuautitlán. Incluso podría tratarse de una transcripción alterada, castellanizada o deformada de alguna palabra nahuatlaca.

Hacia 1522, la memoria local menciona la intervención de Francisco Cortés de San Buenaventura, sobrino de Hernán Cortés, a quien se atribuye la conquista y fundación del lugar con el nombre de Pueblo Viejo. Más tarde, ya en el México independiente, hacia 1823, los registros actuales del INEGI mencionan a Cuautitlán como ayuntamiento, o al menos como una entidad ya reconocida con ese nombre. Después, en 1855, debido a las condiciones insalubres y al despoblamiento del antiguo asentamiento, la población fue trasladada al paraje de Las Pilas, donde recibió el nombre de Pueblo Nuevo.

En 1884, el obispo Melitón Vargas ordenó restituirle su nombre primitivo: Cuautitlán. Ese dato no es menor, porque la palabra “restituir” no significa inventar, sino devolver algo que ya existía. Es decir, el nombre Cuautitlán era anterior al periodo en que el asentamiento fue conocido como Pueblo Nuevo, aunque todavía no tengamos una fecha exacta que permita saber desde cuándo se usaba.

Finalmente, en el siglo XX, Cuautitlán fue elevado a municipio y, en 1987, se autorizó cambiar su denominación a Cuautitlán de García Barragán, en honor al general Marcelino García Barragán. No imagino la cara del servidor público que presentó esa iniciativa en pleno cabildo. Muchos de los responsables políticos y militares de la tragedia de

Tlatelolco, ocurrida en 1968, fueron muriendo sin haber sido juzgados, entre ellos el propio García Barragán.

Rendirle homenaje a un personaje militar con ese antecedente quizá ya no se acomoda tan fácilmente al carácter progresista de nuestros tiempos, sobre todo cuando la memoria colectiva revisa, con lupa y sin tanta reverencia, a ciertos personajes que antes parecían intocables.

Tal vez haría falta que algún valiente ciudadano del tocayo municipio jalisciense pusiera sobre la mesa otros nombres con mayor valor moral, histórico o simbólico. Por ejemplo, Escarpe, el antiguo cacique de Cuzalapa, nombrado así, según la tradición local, por su audacia; el vocablo, se dice, significaba “pulga” en lengua otomí.

Pero bueno, esa es solo una recomendación. Esa sí, muy personal. A final de cuentas, como diría el Gallo Claudio: “¡Digo, chico, digo!”.

Existe un cuarto Cuautitlán. No se erigió como municipio, no es considerado ciudad, no posee una plaza de armas ni se registra en los códigos precuauhtémicos, pero ya se encuentra en la constelación de los Cuautitlanes del país: Cuautitlán del Parral.

Cuautitlán del Parral es una localidad del municipio de Yecuatla, Veracruz, situada a unos cinco kilómetros al este-sureste de la cabecera municipal. El Diccionario Enciclopédico Veracruzano de la Universidad Veracruzana lo registra con dos nombres: Cuautitlán del Parral y San Mateo. Ahí mismo se señala que la localidad cuenta con alrededor de 760 habitantes y se ubica a 585 metros sobre el nivel del mar. ¿Pueblo chico, infierno grande? ¿O pueblito paradisiaco? Vaya usted a saber. Lo cierto es que, aunque se registra que un gran número de pobladores ha migrado hacia el gabacho, han dejado constancia de su presencia en este muy bonito y húmedo lugar, pues ese vínculo familiar y de fraternidad persiste hasta nuestros días.

Lo que no está resuelto del todo es el origen del complemento “del Parral”. Puede sonar a parras, enramadas, rancho, paraje o recurso agrícola, pero hasta ahora no hay una fuente firme que explique por qué el antiguo San Mateo terminó cargando ese apellido vegetal.

Aun así, el nombre de San Mateo no se fue. La fiesta patronal sigue recordando esa raíz devocional: celebraciones en honor a San Mateo, con participación de la comunidad, comida, baile y recorridos. Así que podría decirse que el pueblo tiene dos formas de presentarse: San Mateo para la fiesta y la fe; Cuautitlán del Parral para el mapa, la INE y el expediente agrario.

Y es así, así es como sucede —como dicen los RBD—: uno empieza buscando un nombre en el mapa y termina encontrando una familia completa de Cuautitlanes, cada uno con su santo, su encanto y su apellido gacho.

Pero aún no hablamos de nuestro hermano, nuestro carnal, nuestro vecino; carne de nuestra carne, sangre de nuestra sangre y tierra de nuestra tierra: Cuautitlán Izcalli, “tu casa entre los árboles”, el más chavo de todos, el chocoyote de los Cuautitlanes.

Cuautitlán Izcalli nació en 1973, durante el gobierno municipal de Juan Monroy, el gobierno estatal de Carlos Hank González y el gobierno federal de Luis Echeverría Álvarez. No surgió como pueblo mágico ni ancestral: nació como una ciudad “planeada”, una ciudad moderna, una ciudad satélite más, al menos así la vendieron, con publicidad bastante atractiva. Fue creada como una apuesta urbana para ordenar el crecimiento del norte del Valle de México, mezclar vivienda, industria y servicios, y desahogar la presión de la capital.

Para formarlo se tomaron —o, mejor dicho, se amputaron— territorios de Cuautitlán, Tepotzotlán y Tultitlán, incorporando pueblos antiguos como San Mateo Ixtacalco, San Francisco Tepojaco, San Martín Tepetlixpan, Santiago Tepalcapa, San Lorenzo Río Tenco, Axotlán, San José Huilango, El Rosario, Santa María Tianguistengo, Santa Bárbara Tlacateopan, San Juan Atlamica y La Aurora. Aquella decisión cambió el destino de muchas familias.

En el discurso oficial se hablaba de modernidad, desarrollo y futuro. Se decía, con esa solemnidad que tanto le gusta al poder, que era necesario frenar la concentración urbana en unas cuantas ciudades y fomentar el crecimiento de localidades pequeñas y medianas, capaces de ofrecer mejores condiciones de vida y una imagen renovada del México por venir.

Sin embargo, desde entonces quedó también una percepción escéptica sobre quienes encabezaron aquel proyecto. Terrenos ejidales que todavía daban para sembrar durante décadas quedaron ante el desamparo de la burocracia, y donde antes se cultivaba maíz, frijol o alfalfa, lo único que terminaron sembrando fueron unidades habitacionales del Infonavit.

Esta relación entre los Cuautitlanes siameses ha desembocado en un mosaico de colaboraciones, confusiones y conflictos. Recientemente, en cuestión de límites territoriales, se reunificó a Cuautitlán, México, la zona de San Mateo Ixtacalco, El Sabino y La Capilla, gracias a los propios pobladores, quienes con mucho valor han luchado durante más de cincuenta años para que se reconozca la unidad histórica de esta población.

Lo cierto es que Quetzalcóatl cometió un error administrativo gravísimo: debió registrar el nombre como marca exclusiva desde el año 1100. De haberlo hecho, hoy no existirían tantos Cuautitlanes repartidos por el país. Pero como no lo hizo, aquí estamos: explicando por quinta vez en la misma conversación que no, Cuautitlán y Cuautitlán Izcalli no son lo mismo, aunque se parezcan.

La estación del Suburbano no es Izcalli; los tacos de Don Chava y los huaraches de cecina del mercado municipal no están en Izcalli; el Bar California, menos; el estadio de Los Pinos y el deportivo El Infiernillo, repito, no están en Izcalli; las viejas estaciones del tren porfiriano, ¡caray!, tampoco se ubican en Izcalli; la Cruz de Cuautitlán y la Catedral de San Buenaventura mucho menos pertenecen a Izcalli. Es más: la iglesia del Cerrito también pertenece a Cuautitlán.

Y luego viene la otra explicación: que sí, que hay otro “chunti” en Jalisco; que también existe uno en Veracruz; y que seguramente mañana aparecerá otro más, escondido entre los pliegues de algún mapa o en el acta de nacimiento de un rancho.

Lo importante es que, al final, todos los caminos llevan a la misma conclusión: ser cuautitleco implica cargar con una identidad histórica y con la obligación permanente de dar referencias. Como cuando en el mismo salón iban dos Juan Pérez y uno tenía que preguntar: “¿Cuál Juan Pérez? ¿Archundia o Sánchez?”.

Y así casi le pasa a Cuautitlán, que por deseos del dictador Porfirio Díaz Mori terminó cargando dos apellidos bastante incómodos en honor a su suegro, Manuel Romero Rubio. Durante mucho tiempo todavía hubo quien usó aquello de “Cuautitlán de Romero Rubio” para diferenciarlo de Cuautitlán Izcalli, pero aquí viene el detalle: esos apellidos no se le dieron al municipio de Cuautitlán de manera individual, sino al distrito de Cuautitlán. Y no es lo mismo.

Vamos por partes. Un distrito era una división político-administrativa más amplia, que agrupaba varios pueblos, villas y municipalidades bajo una misma cabecera. Es decir, no era exactamente el municipio como hoy lo entendemos, sino una especie de demarcación regional para organizar el gobierno, la justicia, la recaudación y la administración del territorio.

Un partido, por su parte, también fue una división territorial usada en distintos momentos del siglo XIX, parecida en función al distrito, pues servía para ordenar regiones y poblaciones antes de que la estructura municipal moderna quedara más definida.

El municipio, en cambio, es la unidad básica de gobierno local, con su ayuntamiento, su territorio y su población. La villa era una categoría de población: un asentamiento con cierta importancia, mayor que un pueblo común, pero que todavía no alcanzaba el rango

de ciudad. Y la ciudad, finalmente, era un reconocimiento de mayor jerarquía política, urbana e histórica.

Por eso el asunto es importante: cuando se le agregaron los apellidos de Romero Rubio, no fue al Cuautitlán individual, sino al distrito de Cuautitlán. Cuautitlán, en ese momento, era una villa, no una ciudad. Sería hasta 1968 cuando se le declararía oficialmente ciudad.

Mientras tanto, para 1917, con los nuevos aires constitucionales y el derrumbe simbólico de tantos nombres ligados al viejo régimen porfirista, quedaron derogados los apellidos de Romero Rubio para el distrito de Cuautitlán; unos apellidos que, estrictamente hablando, el municipio individual nunca llevó como nombre propio.

De modo que decirle “Cuautitlán de Romero Rubio” al municipio, como si ese hubiera sido su apellido oficial de pila, es mentársela y, además, una mentada bastante porfiriana. Fue el distrito el que llevó ese nombre, no la villa de Cuautitlán como entidad individual. El viejo Cuautitlán siguió siendo Cuautitlán, con toda su antigüedad encima, con sus ahuehuetes, su cruz, su catedral, sus barrios, sus posadas, sus baches y sus exquisitos tamales de verde en el interior del mercado.

Y aquí viene la vuelta más curiosa: hoy, para distinguirlo de Cuautitlán Izcalli, mucha gente le dice “Cuautitlán el viejo”. Y sin querer queriendo, regresamos al origen. Porque, según la tradición, el nombre primigenio que se atribuye al paso de Quetzalcóatl fue Huehuecuahtitlan: “lugar entre la arboleda antigua” o “entre los árboles viejos”. Huehue, en náhuatl, quiere decir viejo, antiguo, venerable.

Así que cuando decimos “Cuautitlán el viejo”, no lo estamos disminuyendo: lo estamos devolviendo a su nombre más profundo. mediante casi una restitución poética. Al final, después de distritos, partidos, villas, ciudades, apellidos prestados y CEDIS, Cuautitlán vuelve a ser lo que siempre fue: Huehuecuahtitlan, el viejo Cuautitlán, el Cuautitlán de los cocleros.

Eduardo Salvatori, cronista municipal.

#### Fuentes consultadas

Berdan, F. F., & Anawalt, P. R. (1992). The Codex Mendoza. University of California Press.

Mendoza Ruiz, J., & Dorantes Paz, R. (2024). Cuautitlán en la trayectoria de México: Segunda edición, revisada y actualizada, conmemorativa del 200 aniversario del Municipio de Cuautitlán. Plaza y Valdés.

Instituto Nacional de Estadística y Geografía. (2026, 31 de marzo). Archivo Histórico de Localidades: Cuautitlán de García Barragán (Cab.), Cuautitlán de García Barragán, Jalisco [Ficha de localidad, clave geoestadística 140270001]. INEGI.

Velázquez, P. F. (Trad.). (2019). Códice Chimalpopoca: Anales de Cuauhtitlán y Leyenda de los Soles. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas.

Peredo, R. (Dir.). (1993). Diccionario enciclopédico veracruzano. Universidad Veracruzana.